

(2)

fiende, y crecer por esto el número y bizarría de sus partidarios: por lo cual yo, haciendo los oficios de un gozque despreciable, salgo á ladrarle, con el fin de que no desampare el campo, miéntras acá en el nombre de María, como allá en el del Señor, se presentan Davides, que fijándole una piedra en la frente, hagan venir á tierra ese gigante, para que no vuelva á inquietarnos mas. Está ya dicho con esto, cual ha sido el motivo que me estimuló á escribir el primero (1) esta apología. No se me esconde que tendrá mil defectos, y que está muy distante del mérito que deben tener semejantes escritos; pero ninguna de estas consideraciones me detiene: porque si á algunos pareciere debil esta respuesta, suplico que con sus talentos la den aquella estension, orden, y nervio, que yo no soy capaz de darla, cooperando de esta manera á poner en claro una verdad de tanto consuelo á todo buen español; y si á otros parece en lo substancial improbable, para estos casos se hicieron las plumas: escriban cuanto gusten, y como quieran, que yo tendré á bien callarme, si la impugnacion fuere racional y juiciosa; así como no siéndolo, volveré á presentarme intrépido á rebatirla.

(1) Yo comencé el primero á responder á D. Juan Bautista Muñoz, y aun leí á varios amigos cuanto tenia ya escrito, é igualmente les manifesté todo mi plan, para auxiliarme con sus luces; pero habiéndome ocurrido muchas ocupaciones, interrumpí mi trabajo hasta hoy, que á instancias repetidas de varios compatriotas míos, he determinado concluirlo y publicarlo.

(3)

§. 1º

*La Disertacion de D. Juan Bautista Muñoz es perniciosa en lo moral.*

Si le fué facil á D. Juan Bautista Muñoz tomar la pluma, y escribir contra las apariciones de nuestra Señora de Guadalupe de Méjico, le será ciertamente muy difícil formar una cabal idea de la inquietud, y conmocion que en nuestros ánimos ha causado su papel. Casi tres siglos habiamos estado en la creencia de este milagroso suceso, y en una posesion tan pacífica, que jamas se conoció contradiccion, ni se temió replica alguna. Pero llegó el tiempo que no se esperaba; y sin saber á que fin, ni con que motivo, nos dispara dicho señor una descarga de reflexiones y argumentos, desquiciando enteramente el concepto en que hasta hoy se hallaban todos los de la nueva España, y muchísimos tambien de la antigua. Yo bien advierto que no es tan temible como parece su metralla, y que es mayor el ruido y estruendo de sus tiros, que el estrago que puedan causar en quien sepa esperarlos; pero siempre es sensible que padezca (como padecerá) alteracion un culto tan puro, y una devocion que el mismo califica de inocente.

La impresion que ha hecho este escrito, en gran parte es debida al lugar que ocupa en las memorias de la Real Academia de la Historia: pues no pocos habrán creído, por solo esta causa, que esta ilustre corporacion abrigo bajo su respetable sombra, y defiende los dictámenes de Muñoz;



siendo así, que su instituto no es otro, que dar á luz las memorias, que por alguna circunstancia sean dignas de ella, sin adoptar de modo alguno las opiniones que encierren, ni darse por ofendida de que otros libremente discutan, é impugnen lo que en tales memorias se publique. Antes es de esperar, que la Academia segun la discrecion que la es propia, cuando lea los incontestables argumentos, en que ya se hará ver la tradicion legitima y jamas interrumpida en que se funda este portentoso Guadalupano, conozca cuanta justicia tienen los americanos, para levantarse contra la Disertacion de Muñoz, quejándose de ella como perniciosa, y rebatiéndola como infundada.

Sería menester que la antigua España palpara, como palpan los americanos, y europeos residentes en estos reinos, cuanto es el fruto que produce la segura confianza, con que todos imploran el auxilio de María santísima de Guadalupe, para que pudieran calcular el daño que ocasiona la Disertacion de Muñoz, debilitando esta tierna devocion. Dice, es verdad, que el culto que tributamos á esta imágen está libre de toda supersticion é idolatría. ¿Pero qué importa esta salva, si con sus reflexiones enerva nuestro fervor? ¿Niega su origen milagroso? Pues esto basta para que tambien la devocion vaya por tierra. ¿Quién ha dudado jamas que las señales portentosas, con que la Virgen santísima ha querido manifestar su especial presencia en algunos lugares han contribuido, y justamente deben contribuir, al mayor fervor, ternura, y seguridad, con que á estos mismos lugares ocurren los fieles? ¿No es esta una verdad incontestable y subsistente, por lo que vemos con las imágenes de algun origen maravilloso en España, Ita-

lia, Francia, y otras mil partes de la cristiandad? Luego destruyendo Muñoz el origen divino de nuestra Guadalupana, con el hecho de negar redondamente sus apariciones, debilita, quiera ó no quiera, la devocion inocente y fervorosa, que ha sido nuestro consuelo en todo género de miserias y conflictos. ¿No habria sido mas util callar la boca, y dejarnos en nuestra creencia, que á nadie perjudica, que el causar estas inquietudes, solo por hacer del historiador y del crítico? Confesámos que la religion y la verdad no temen la crítica; pero igualmente decimos, que ni todos los tiempos son oportunos para discutir muchos puntos, ni se debe echar mano de este arte, sino con la parsimonia y economía que prescribe la prudencia. El uso moderado es tan útil, como es intolerable el escésivo. En este arte, como en todos los demas, ha de tenerse muy presente esta máxima general: No debémos valernos de medio alguno, cuando el uso sea mas nocivo que provechoso.

Sin duda por esta regla prohibiéron severamente en España el Sr. D. Felipe V. y la Inquisicion General, por su edicto de 28 de agosto de 1720, que se escribiera contra la venida de la Virgen á Zaragoza: pues aunque es indudable, que entónces los contrarios á esta aparicion presentaron varios argumentos con que cohonestaron sus dudas; pareció mejor imponer silencio á la crítica locuaz, que consentir se turbase la creencia religiosa, en que pacíficamente se habian conservado por tantos años los españoles. Poco, ó ningun trabajo costará aplicar todo esto á nuestro caso: porque estando tambien los americanos firmemente persuadidos de la venida milagrosa de María santísima al dichoso cerro Tepeyacac, y estando



igualmente esta fe apoyada, como se verá despues, en incontrastables argumentos; ¿como podrán tolerar las autoridades públicas (ante quienes reclamo con quanto derecho pueda asistirme) que se publique esa Disertacion inutil, en esta época, en que muy bien podrán tomar los ánimos quejosos pretesto, para confirmar el pretendido encono que imputan á los de ultramar?

Pero los indicados no son los únicos perjuicios; aun hay otros, que con razon deben considerarse. Hay aquí, como en todas partes, cabezas hermosas, pero sin seso, como las llamó la zorra. *Magna cápita si cérebro habuissent*: quiero decir, hombrecillos despreciables, que repiten como los monos todo quanto oyen, aunque no lo entiendan. Escuchan por ejemplo entre gente literata y juiciosa, que tal verdad carece de escritos que la confirmen, y subsiste únicamente por la tradicion, que de unos á otros se ha conservado: que tal otra, aunque no es de fe divina, tiene toda la certidumbre moral de que es capaz: que tal libro, aunque no es canónico, es citado con veneracion y aprecio: con otras mil proposiciones que pesen, como al vuelo, y rabiando por repetir las, para hacer el papel de eruditos, en estrados, cafes, y otras tertulias, las profieren sin juicio, sin oportunidad, y sin órden, y hacen una miscelanea intolerable, aun en puntos muy delicados: porque faltándoles de cerebro lo que les sobra de vanidad, no reparan en llevarse de encuentro la religion, por lucir su filosofia. Sr. D. Juan Bautista Muñoz, este es un hecho, y un hecho que está fuera de toda disputa. Así vemos, que en la Disertacion de V. ó en otras memorias semejantes, leen de paso estos miserables, que

la tradicion de las apariciones Guadalupanas no comenzó hasta un siglo despues del suceso: que tal, ó tal documento no es autógrafo, ó no es de un antiguo origen &c. &c.: y sin mas ni mas, haciendo de catedráticos, me parece que los oigo repetir: Sí, sí, no hay duda, carecemos de autografia: se ha cortado el hilo de la tradicion; sin entender lo que es tradicion, ni cual es el hilo, por donde se comunica. ¡Botarates!

Lo peor es que el mal progresa, y por este y otros escritos como este, contra la cristiana intencion de sus autores, los ignorantes son cada dia mas atrevidos, y del atrevimiento apenas hay un paso á la incredulidad. Dije, y repito, que esto es contra la mente del autor: porque á la faz del mundo entero protesto, con la sinceridad que á mi caracter corresponde, que no es mi ánimo ofender, ni zaherir en un ápice el catolicismo de D. Juan Bautista Muñoz. Confieso, y respeto sus sentimientos religiosos, y solo digo lo que debe temerse como consecuencia de semejantes papeles: pues una triste esperiencia nos enseña que es asunto muy delicado, mejor diré muy peligroso, querer sujetar los asuntos inocentes de piedad al riguroso cartabon de la crítica. La calificacion *inocentes* cierra la puerta á toda réplica: porque si es cierto, que la sana filosofia tambien hace escuchar su voz para desterrar errores en punto de religion, no lo es ménos que debe moderar su rigor, cuando del culto sencillo no se origina perjuicio alguno ni al dogma, ni á las costumbres. Sin duda palparémos esta verdad contrayéndonos mas al asunto presente. Supongámos por un momento, que no está demostrado con tantos documentos



que haya venido á visitar nuestro suelo la Madre de Dios, y que por consiguiente son dudosas las apariciones, que con tanto entusiasmo se nos describen; pero que los moradores de este reino las creen reales y verdaderas, y viven con la confianza de que esta Señora ha querido darnos muestras de un especialísimo amor, y de una protección que admite pocos ejemplos. Yo pregunto, Señor Don Juan Bautista, y conjuro á la hombría de bien que me responda: ¿qué se sigue de este inocente engaño? Se sigue indefectiblemente lo que admiramos, que animada de esta creencia esta populosa capital se traslada á aquel templo respetable, luego que asoma su triste semblante la peste, la hambre, la guerra, y cualquiera otra infelicidad ó desgracia: que las calles solitarias de Méjico ven partir su inmenso pueblo, buscando en Guadalupe su consuelo, y que apenas divisa desde muy lejos aquellos cerros, los saluda con tiernas emociones de su corazón, fija en ellos sus ojos, y con mas confianza que los del privilegiado Israel, levántese, esclama, mis ojos á esos montes, de donde espero seguramente mi remedio. *Levavi oculos in montes unde veniet auxilium mihi*: que los príncipes, magistrados, corporaciones ilustres, ricos, pobres, grandes, chicos: en una palabra, todos van al Tepeyacac, veneran aquel sitio, y entrando en aquella magestuosa basilica, que juzgan depositaria, no de una arca de la ley antigua, sino de un tabernáculo el mas rico y precioso que verán los siglos, abren francamente las puertas á su espíritu, y espresando su sentimiento con el enérgico idioma de un religioso silencio, únicamente interrumpido por los suspiros y el llanto, hacen subir al trono del Altísimo el voto hu-

milde, la incésante súplica, y el afectuoso ruego: que desde los pueblos mas remotos de nuestro continente vienen buscando este lugar santo, y se hacen transportar á él, como á otra piscina, el ciego, el leproso, el paralítico, y cuantos gimen acosados de irremediables ataques y enfermedades: que convencidos de esto nuestros reyes, no solo han prestado su real nombre en ambos mundos á las muchas hermandades ó cofradías Guadalupeanas; sino que por un efecto de su devoción y piedad han mandado por cédula espresa, que ciertas campanas de la matriz, solamente destinadas para avisar al público la vida é importante salud de sus magestades, se usen con franqueza anualmente para publicar y celebrar desde la víspera el alegre, el grande, el dichosísimo para nosotros día 12 de diciembre. Se seguiria finalmente que Guadalupe fuese, como es en toda la estension de la América, el dulce nombre que comienzan á delatrear los balbucientes labios del niño, y la última palabra con que al morir cierra los suyos el anciano.

Está ya visto un lado de la medalla; es necesario examinar su reverso. Figurémonos para esto, que triunfando Muñoz, logra con el auxilio de su crítica hacernos dudar de la venida de la santísima Virgen, y que sus coloquios con Juan Diego, son tal vez una mera *fábula* y un *cuento*: ¿cuales serán las consecuencias de esta ilustración? Yo las anunciaré. *Quámquam ánimus meminisse horret*. Serán, que conociendo que la imágen no es aparecida, como por espacio de tantos siglos hemos creído: que su existencia no es portentosa: que cuanto se ha dicho puede ser una



ficcion, que poco á poco fué tomando cuerpo: y por último, que es una pintura como todas las demas que tenemos: que *un pintor, por ejemplo* (son palabras de Muñoz) *representó á nuestra Señora de Guadalupe en su cerro de Tepeyacac con un devoto á sus pies orando, ofreciósele á un indio simple, si la Virgen se habría aparecido á su devoto: otro que oyó la especie la propaló afirmativamente; de bay cundiendo la voz, y añadiéndose cada dia nuevas circunstancias, vino á componerse la narracion entera: las consecuencias, repito, de este desengaño, serán indefectiblemente el ir por tierra todo el fervor y la devocion. Porque siendo ciertísimo, como arriba dije, que el origen maravilloso contribuye, y justísimamente exige en el culto unas demostraciones mayores que las ordinarias; es fuerza, que desapareciendo las maravillas que se suponen, igualmente falten el culto y la confianza, sucediendo en su lugar el desaliento y el olvido. Y pesadas ambas hipótesis en la delicada balanza de la razon; qué importará mas, dejar quietos á los americanos en una creencia inocente, cuyos frutos son la frecuencia de sacramentos, el culto puro, y el incesante ruego; ó intentar un inútil desengaño, que solo va á quitar del todo, ó á entibiar en gran manera su devocion? Sin riesgo de engañarme creo, que D. Juan Bautista Muñoz, en vista y revista pierde el pleito ante el tribunal de los hombres sensatos. Mas porque no se diga que nos acogemos al sagrado, ántes de dar la herida, y que nos valémos del pretesto de la religion, porque carecemos de armas para el combate, voy á presentarme en el campo, confiado en que si he manifestado claramente, que la Disertacion en lo moral es per-*

niciosa; espero hacer ver con igual evidencia que en lo histórico es infundada, como opuesta á una tradicion tan antigua como el mismo suceso, y tan constante que jamas se ha interrumpido. Démos por tanto una clara idea de la naturaleza de la tradicion, y cualidades que la constituyen legítima, para que probándose que la tradicion Guadalupana está revestida de todas ellas, la presentémos digna de toda fe á pesar de cualquiera resistencia. Y aunque en esta materia nada nuevo tengo que presentar, por ser este un asunto mil veces tratado por hombres muy sabios, y desemeñado tambien, en favor de las apariciones Guadalupanas, por plumas sin comparacion mas felices que la mia, sin embargo, yo quiero esta vez repetir esas mismas verdades sabidas de todos, para fijar sobre ellas el pié como sobre bases incontrastables, y dar despues el paso con seguridad al punto que me convenga.

§. 2º

*Que sea tradicion, y cual sea su valor.*

Si con la muerte de los apóstoles se cerró el canon de las escrituras, no por eso se obstruyó el canal de las tradiciones. Estas verdaderamente nacióron con el mundo, y solo dejará de haberlas cuando dejen de existir los hombres, que son los conductores de ellas. En su esencia no es otra cosa la tradicion, que el acto mismo de trasladarse de unos á otros la noticia, ó la creencia de algun suceso: y ella será firme, ó forma-